

Desconstrucción de los discursos dominantes sobre migraciones

Por *Claudine* BLASCO*

Introducción

COMO REPRESENTANTE del movimiento altermundista es muy importante para mí expresarme en esta plenaria porque me parece necesario ligar las luchas de los inmigrantes a las luchas sociales mundiales y altermundistas.

Las inmigraciones forman parte de la historia de la humanidad, pero durante los últimos cuarenta años han estado estrechamente vinculadas al proceso de mundialización en curso. La propensión neoliberal a transformar todo en mercancía siguiendo la sola ley del mercado, acaba en el acaparamiento de los recursos naturales y energéticos a manos de unos pocos privilegiados y ocasiona conflictos cada vez más frecuentes que fuerzan a las poblaciones civiles a emigrar. Estos conflictos pueden estar ligados, por ejemplo, a la tierra, al agua o al petróleo, como ocurre actualmente en Iraq.

La productividad generalizada, la sobreindustrialización del planeta, la destrucción de la agricultura y de las selvas en beneficio de los monocultivos intensivos dañan profundamente nuestro medio ambiente. La contaminación descontrolada es el origen del calentamiento global cuyos efectos ya empezamos a percibir en la intensificación de huracanes, inundaciones y sequías. El descongelamiento de los glaciares inducirá la subida de los niveles de los mares. Todo eso ya tiene o tendrá pronto como consecuencia inmigraciones masivas de poblaciones.

La mundialización no solamente ha aumentado las desigualdades, también ha reducido el papel social de los Estados por medio de la privatización y la liberalización de los servicios públicos y ha reorganizado el mercado de trabajo a escala mundial. Desarrollaré este último punto y, además, examinaré detenidamente algunas pistas para desconstruir el discurso dominante, el cual alimenta el miedo al extranjero y al emigrante en la opinión pública de los países de acogida a fin

* Miembro del Consejo Científico y del Consejo de Administración de la Asociación por la Tasación de las Transacciones y por la Ayuda a los Ciudadanos (ATTAC), Francia. Ponencia presentada en la sesión plenaria del Tercer Foro Social Mundial de las Migraciones "Migración y Mundialización", el 12 de septiembre del 2008.

de justificar las leyes restrictivas e indignas diseñadas por nuestros políticos.

Mundialización del mercado de trabajo

No puede entenderse la explotación capitalista de las migraciones más que ubicándola dentro del contexto de una mundialización del mercado de trabajo.

La división internacional del trabajo se ha ido dilucidando poco a poco en una mundialización del proceso de producción y del mercado de trabajo, que permite todas las combinaciones burlando las fronteras con la complicidad de Estados cada vez más débiles.

Entre los ejecutivos y las grandes empresas en el marco de la mundialización, predomina la búsqueda de la rentabilidad absoluta a nivel global, de costos más bajos, de nuevos mercados y, si es necesario, la descomposición en la fabricación de los productos o descomposición internacional del proceso productivo (DIPP) donde sea más ventajoso, todo ello favorecido por muy bajos costos de transporte. La condición esencial es tener una reserva de mano de obra dócil, flexible y barata en cualquier parte del mundo; la mano de obra femenina emigrante es el ejemplo perfecto. Mano de obra que la exigencia de rentabilidad absoluta deshumaniza y transforma en vil mercancía que, como tal, se puede vender, intercambiar, exprimir y desechar sin remordimiento.

En su último informe sobre las tendencias mundiales del empleo la Organización Internacional del Trabajo anunció que, a causa de las crisis financieras en curso, aumentó en cinco millones el número de desempleados para el 2008: lo que se traduce en que uno de cada dos trabajadores cuenta con un empleo precario y la mitad de la población mundial vive con menos de dos dólares por día.

Tener un empleo decente se ha vuelto el sueño de la mayoría de habitantes de nuestro planeta

La mayoría de los migrantes provienen de países en desarrollo o transición y emigran hacia regiones o países fronterizos un poco más ricos, o hacia países desarrollados. Así, las migraciones siguen la curva de las desigualdades intranacionales e internacionales causadas por el diseño y desarrollo de políticas neoliberales de la privatización de servicios y empresas públicas, de la liberalización del mercado, de la apertura de fronteras para los capitales y las mercancías y de restricciones

presupuestales impuestas por el Fondo Monetario Internacional a los países del Sur en nombre de la deuda. En cuarenta y ocho años, la diferencia entre el 20% de los habitantes más pobres de nuestro planeta y el 20% de los más ricos casi se triplicó.¹ Paralelamente, en 1970 los emigrados en el mundo eran 82 millones y hoy son alrededor de 200 millones, básicamente emigrantes económicos.² A esa cifra debe añadirse la de los migrantes internos en un éxodo rural sin precedente como el que hemos vivido en los últimos diez años en los países en desarrollo, responsable en parte por la crisis alimentaria mundial del año 2008. Es esencial para las trasnacionales liberarse de todas las limitaciones fiscales, ambientales y, especialmente, de las ligadas a las normas internacionales dictadas por la Organización Internacional del Trabajo. Por tal razón se han desarrollado como resultado de las deslocalizaciones-externalizaciones, millares de zonas francas para exportación en el mundo donde las multinacionales (como maquilas en México) han implantado sus fábricas de producción, lo que llamo el viaje de las producciones del Norte hacia las obreras del Sur. Porque son mayoritariamente mujeres campesinas quienes han emigrado para trabajar en estas zonas francas. Además las matrices han dejado en su lugar una cascada de sucursales, de fábricas de trabajo informal escondidas. Cuando la externalización ya no es posible para el capital y la producción, lo que llamamos “capital cautivo o no-móvil” atrae a millares de trabajadores y trabajadoras de los países más pobres. Ellos son los protagonistas de las olas migratorias actuales que vienen a alimentar lo que asimilamos a la deslocalización en el mismo lugar, en los sectores de servicios a la persona en la industria hotelera, la vigilancia, la restauración, la construcción y la agricultura. En estos sectores de actividad actualmente encontramos a la mayoría de los inmigrados con salarios muy bajos.

Los encontramos también en la función pública donde el “Estado empresario” importa temporalmente a trabajadores en condiciones de salario y de protección social similares a las de los países de procedencia, lo que corresponde al modo 4 del Acuerdo General sobre el Comercio de la Organización Mundial del Comercio y a la directiva Bolkestein en la Unión Europea.

Recientemente ha aparecido una nueva categoría de “desplazados”, extranjeros que trabajan bajo contratos temporales en condiciones similares a las de su país de origen en sectores tales como los

¹ Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo 2006.

² *Informe 2006*, Fondo de las Naciones Unidas sobre Poblaciones.

talleres navales, la construcción de edificios o telecomunicaciones. La fuerza de trabajo de estas personas desplazadas está rebajada al estatus de mercancía pagada a su simple costo de producción, forma reciente de la esclavitud moderna.

Estados y empresas recurren también a la inmigración “clandestina” a fin de debilitar la resistencia de los trabajadores asalariados, bajar los niveles de protección social y las condiciones de trabajo. Los mismos mecanismos conducen progresivamente a una alineación de la protección social sobre el nivel de los países donde está más baja, es el papel del “mercado interior” de la Unión Europea.

Así, la mundialización del mercado de trabajo ha puesto a competir a todos los trabajadores del planeta en una carrera desesperada hacia los costos salariales más bajos, pero también a menos sujeciones fiscales, sociales y ambientales, un verdadero *dumping* social. Este fenómeno ha sido una de las causas de la entrada masiva de mujeres al mercado de trabajo y del aumento de la feminización de los flujos migratorios. De hecho, en la actualidad, 51% de los inmigrados hacia los países desarrollados son mujeres quienes en su gran mayoría responden a las demandas de los países ricos en materia de cuidado a las personas en un alza notable durante los últimos diez años. Es el caso de las latinoamericanas en Alemania y España, de las mujeres de Sri Lanka en el Reino Unido, de las filipinas en los países del Golfo, de las peruanas en Chile, de las mexicanas en Estados Unidos.

El aumento de la mercantilización de todas las actividades humanas, a la cual se añade la pobreza endémica, la discriminación y violencia sufridas por mujeres con un nivel educativo cada vez más alto y en busca de emancipación es la base de la explotación de una nueva mano de obra emigrante sexualizada pero también de nuevas resistencias.

Esta mundialización empuja también a la juventud del mundo en desarrollo a afrontar la muerte para buscar en otros lados un mejor futuro, pero también los jóvenes de los países ricos tienden a una movilidad cada vez más grande, con el pretexto de la competitividad y la flexibilidad.

El aumento de la migración es entonces un efecto de las desigualdades y de las políticas causadas por la mundialización neoliberal. Pero ésta redujo los costos de la mano de obra favoreciendo al capital cautivo en el marco de la mundialización del mercado de trabajo.

Apareció también el concepto de una “inmigración selectiva” o cuota por medio de la cual la entrada de personal calificado se ajusta a las necesidades de las empresas nacionales, despreciando la libertad de elección de las y los inmigrantes.

Entonces los migrantes son a la vez una consecuencia y un instrumento de la mundialización.

*División de los inmigrantes
y documentos internacionales que les conciernen*

Los emigrantes han sido divididos en múltiples categorías (como las de refugiados, desplazados, exilados, trabajadores inmigrantes, víctimas del tráfico o de la trata, apátridas, trabajadores estacionales, con visa de corto o largo plazo, indocumentados) por las instituciones internacionales y los gobiernos a fin de aislar cada caso y no dar una respuesta global al fenómeno migratorio.

Esta división ha atrasado el sentimiento de pertenencia, y por tanto, de luchas comunes de todos los inmigrados, que unidos representan la población del quinto país más poblado del mundo, es decir una fuerza considerable.

Por otro lado, la comunidad internacional se basa en unos cuantos documentos como la Convención de Ginebra que data de hace más de sesenta años que solamente trata de los refugiados de guerra o la Convención sobre los Extranjeros, que ya no se adaptan a los flujos actuales y mantienen a los inmigrantes en la clandestinidad, dejando plena libertad a los Estados nación en materia de política migratoria.

Según el Alto Comisionado para los Refugiados, los “refugiados” suman solamente unos 9.9 millones en el 2006, es decir menos de 5% de los inmigrantes del mundo. Todas las solicitudes de asilo se basan en la Convención de Ginebra y es cada vez más difícil obtenerlo. Esa convención no se adapta a la situación actual y produce cada vez más migración clandestina y personas en situación precaria. Sería pertinente extender el concepto de *refugiado* a las personas afectadas por causas económicas y climáticas.

Los nuevos documentos como el Protocolo sobre la trata y el tráfico de seres humanos, ligados a la Convención de Palermo contra la criminalidad transnacional organizada, aunque ratificados no permiten proteger realmente a las víctimas porque los gobiernos signatarios consignan rara vez a los culpables: redes de coyotes, patronos esclavistas, proxenetas... Obligar a nuestros Estados a aplicar estos protocolos es fundamental. Hacer que todos los países ricos firmen, ratifiquen y apliquen la convención sobre la protección de los derechos de todos los trabajadores inmigrantes y de los miembros de sus familias sería un

primer paso considerable, aunque no se aplique a los refugiados, apátridas, estudiantes y pasantes.³

Existen dos convenciones de la Organización Internacional del Trabajo relativas a los derechos de los trabajadores inmigrantes que han sido olvidadas y son las más vanguardistas y protectoras de sus derechos. Se trata de la Convención 97 sobre los trabajadores inmigrantes de 1949 y la número 143 de 1975. La primera pide a los Estados facilitar la salida, el viaje y la acogida de los inmigrantes y darles el mismo trato favorable que el que se da a sus propios connacionales, al contrario de todas las políticas migratorias aplicadas hasta hoy en la mayoría de los países, particularmente el Pacto Europeo sobre el derecho de asilo e inmigración. En la segunda convención se estipula que los Estados deben respetar los derechos humanos fundamentales de todos los trabajadores inmigrantes, poner fin al tráfico de mano de obra y garantizar entre inmigrantes y nacionales la igualdad de trato en materia de empleo, profesión, seguridad social y derechos sindicales y culturales. Reapropiarse de estas convenciones para impulsar a nuestros Estados a aplicarlas marca la pauta para defender los derechos de los trabajadores inmigrantes.

Desconstrucción de los discursos dominantes

EN la actualidad los discursos oficiales sobre las migraciones están repletos de nociones equívocas, de estereotipos anticuados cuyo propósito es persuadir a la opinión pública de que la inmigración es un problema y un peligro.

Primer prejuicio: el inmigrante es un hombre solo

Según el informe 2006 del Fondo de las Naciones Unidas sobre Poblaciones (FNUAP) de los 191 millones de inmigrantes oficialmente empadronados, 95 son mujeres quienes representan actualmente 51% de los inmigrados en los países desarrollados. Durante los últimos cuarenta años el número de mujeres migrantes ha sido similar al de los hombres y en el 2005 más mujeres que hombres inmigraron en el mundo entero salvo en Asia y África. En Australia, las mujeres inmigradas son más numerosas que los hombres en los últimos treinta años. En Asia existen países con una emigración mayoritariamente femenina destinada esencialmente a empleos de domésticas en los países del Golfo,

³ Art. 3, párrafo d) y e).

como las Filipinas, donde en el 2005 las mujeres representaban 65% de los emigrados, o Sri Lanka donde en el 2002 se sumaban dos veces más emigradas que emigrados. Es también el caso en América Latina: en el 2001 las mujeres constituían 70% de los emigrados de Brasil y de la República Dominicana en España. En Alemania, en el 2006, las latinoamericanas fueron 67% de todos los emigrados y se agrupan en servicios de limpieza.⁴ La mayor parte de estas mujeres emigran solas para trabajar. Ese fenómeno debe equipararse a la entrada masiva de mujeres en el mercado de trabajo desde hace cuarenta años, como consecuencia de la emancipación pero también de la mundialización neoliberal en búsqueda de mano de obra dócil y barata.

En el sur del Mediterráneo y en el África subsahariana, la inmigración femenina sigue siendo todavía un poco menos numerosa que la masculina y su llegada está todavía más ligada a la reagrupación familiar que al trabajo. Pero en la actualidad surge un nuevo flujo, todavía minoritario, de inmigrantes diplomadas que buscan trabajo fuera de estos países.

No debe olvidarse la cara más oscura de la inmigración: la trata, el tráfico, el trabajo forzado, la prostitución, la esclavitud, en el cual las mujeres y los adolescentes de ambos sexos son la mayoría de las víctimas; todos esos aspectos siniestros han tenido un desarrollo extraordinario en los últimos diez años. Se ha convertido en un mercado muy jugoso de más de 32 mil millones de dólares por año, del cual 10 mil millones corresponden a la venta de personas según el informe de la Organización de las Naciones Unidas contra la Droga y el Crimen (ONUDC) de mayo del 2007.

De acuerdo con el último informe del FNUAP, más de la mitad de los inmigrantes tienen entre 15 y 29 años. El rejuvenecimiento de los inmigrantes se trasluce en la gran cantidad de informes que reportan que los adolescentes de 14 a 17 años son cada vez más numerosos en la mano de obra inmigrante. Por ejemplo, en el año 2000 los adolescentes hombres y mujeres representaban 40% de los inmigrados latinoamericanos en Estados Unidos.

La cara del inmigrante ha evolucionado durante los últimos diez años. Ya no es mayoritariamente un hombre adulto, solo, laborando en la industria, la construcción o la agricultura. El inmigrante de hoy es más bien una mujer joven, sola, cuya motivación principal es la búsqueda de un trabajo y que, en el país de acogida, labora como enfermera o empleada doméstica. Las mujeres se han convertido en el mo-

⁴ Informe 2007 Fundación HBÖH.

tor principal de la inmigración de trabajo y nos cuidan a nosotros y a nuestra salud.

Segundo prejuicio: solamente hay un flujo Sur-Norte

En la actualidad existen tres flujos: el más importante es el flujo Sur-Sur (por ejemplo, de Bangladesh, Nepal y Pakistán hacia la India; y de Perú hacia Argentina); el flujo Norte-Norte (intra-europeo o Europa-Estados Unidos y Canadá, por ejemplo, con un aumento reciente de los inmigrantes norteamericanos y rusos); y finalmente el flujo Sur-Norte, sobre el cual se focalizan todos los miedos, todos los discursos y políticas migratorias de nuestros dirigentes que a sabiendas omiten a los otros dos flujos.

Ya no hay países que sean solamente de inmigración o de emigración. Casi todos son alternativa o simultáneamente países de origen, de tránsito y de acogida, como por ejemplo España, Marruecos, Senegal, la India o México.

Tercer prejuicio: cerrar las fronteras a la inmigración y abrirlas a la libre circulación de las mercancías y los capitales

El cierre de las fronteras es muestra clara del fantasma de fijar una situación demográfica dada a un instante preciso. Como la cultura, la población experimenta una evolución constante, e introducir ideas de estabilidad o umbral de tolerancia conduce poco a poco a la noción de “identidad nacional”, cercana de la identidad étnica o religiosa, que deriva peligrosamente hacia al racismo y la xenofobia. La “marfilidad”, palabra usada para discriminar a los trabajadores de Burkina Faso en la Costa de Marfil, llevó a una guerra. Ahora bien, a pesar del cierre de las fronteras, el número de inmigrantes no cesa de aumentar. En el 2004, la proporción de Estados que reprimían la inmigración era de 40% contra 7% en 1976; en comparación con el número de inmigrantes en 1970, 82 millones, y en el 2005, 200 millones.

La tendencia va cada vez más hacia la subcontratación y a la externalización de las políticas migratorias por los países de tránsito del Sur, por el sesgo de los acuerdos de libre intercambio.

Por ejemplo, la Unión Europea ha condicionado la ayuda a los países del Magreb, “el partenariado euro-mediterráneo”, a la subcontratación por estos países de nuestra política migratoria. Así, la Unión Europea ha prometido a Marruecos cuarenta millones de euros a cambio de “un compromiso fuerte y claro en contra de la inmigración clan-

destina”. En consecuencia, en octubre del 2006, quinientos inmigrados subsaharianos fueron deportados y veinticuatro murieron de sed y hambre en el desierto; en la Navidad del 2006 les ocurrió lo mismo a otros cuatrocientos sesenta. Muchos Estados usan como pretexto la lucha contra la trata de seres humanos para criminalizar a los clandestinos y sus apoyos, de tal forma los asimilan a traficantes y les cierran sus fronteras. El efecto produce lo opuesto a lo deseado; mientras más se cierran las fronteras, más crece el tráfico y la trata de seres humanos, forjando esclavos sin derechos para el mercado de trabajo localizado, favoreciendo las rentas de la criminalidad financiera transnacional.

Desde el año 2000 la intensificación de la lucha internacional contra la trata y el tráfico, especialmente por la adopción del Tratado de Palermo sobre la lucha contra la criminalidad transnacional organizada, no ha parado y, según la ONUDC, “ha adquirido proporciones endémicas durante los últimos diez años”.

Cuarto prejuicio: la inmigración aumenta el desempleo de los nacionales

Al contrario, los inmigrantes sirven de ajustador estructural del mercado en caso de crisis porque ellos son los primeros en ser despedidos. En todo el mundo, la tasa de desempleo es superior a la de los nacionales según la OIT. La casi totalidad de estudios empíricos en Estados Unidos y en Europa no confirman la hipótesis de que la inmigración aumente el desempleo de los nacionales. Entre 1973 y 1986 un estudio comparativo de las evoluciones en los diversos países de la Organización para la Cooperación y Desarrollo Económicos (OCDE) muestra la correlación entre el crecimiento de la población activa y la del empleo.

Los empleos ocupados por los inmigrantes, o no existían antes de su arribo o son desdeñados por los nacionales a causa de su magra remuneración, por ser considerados como degradantes (trabajo temporal, mozo de servicio doméstico, jornalero, basurero). En cambio, no debe ignorarse la repercusión de la inmigración sobre la baja de las condiciones salariales y de trabajo para los nacionales empleados en el mismo sector que los inmigrados. El último grado de explotación se alcanza con el empleo de clandestinos como esclavos o trabajadores forzados. La trata o el tráfico de mujeres para la prostitución es el ejemplo más importante. Según la OIT existen doce millones de personas víctimas del trabajo forzado en el mundo, de las cuales más o menos un tercio son trabajadores inmigrantes.

Podemos deducir que los responsables del sistema neoliberal no tienen ningún interés en abrir sus fronteras a las personas que ellos no han escogido. Ni en regularizar a los indocumentados. Los “no escogidos” deben permanecer en la clandestinidad para alimentar las empresas con mano de obra dócil y casi gratuita.

Mientras más trabajadores clandestinos haya, más podrán bajar las condiciones de trabajo; mientras más baje el costo de la masa salarial, más altas serán las rentas de los accionistas.

El sistema neoliberal tiene de esta manera mucho interés en criminalizar, en aislar de apoyos a los indocumentados a fin de negarles sus derechos y de legitimar sus represivas y restrictivas políticas migratorias.

No obstante, los trabajadores nacionales tienen un enorme interés en presionar para la regularización de los indocumentados, y poner un alto a la baja de las condiciones de trabajo. Algunas luchas sindicales y por la asociación han surgido y están en curso en Francia para regularizar a los trabajadores y trabajadoras. Y algunas ya tuvieron éxito.

Quinto prejuicio: emigran los más pobres,
la “miseria del mundo”

Para emigrar se requiere información acerca del itinerario y las condiciones de pasaje, dinero para pagar el viaje, redes en los países de tránsito y de destino. Es decir que en su mayoría los migrantes son personas que pertenecen a la clase media de sus países; las personas más pobres no tienen ni el dinero, ni la información, ni los contactos para poder hacerlo.

Las últimas estadísticas mundiales y nacionales muestran a más emigrantes con estudios superiores. Internacionalmente está ocurriendo una fuga de cerebros, devastadora para los países de salida: casi 50% de las personas más calificadas de África subsahariana, de América Central, del Caribe (en Haíti y Jamaica emigran 8 de cada 10 diplomados). En cuanto a África subsahariana, si los trabajadores calificados representan solamente 4% de la población activa, ello significa 40% de los inmigrados, es decir 20% de los diplomados de toda África subsahariana.

La mayoría de los emigrantes que huyen de los países pobres se insertan en las clases sociales más pobres de los países de acogida y en los empleos menos calificados con los salarios más bajos, a menudo muy por debajo de sus competencias.

Debido a la discriminación en los países de acogida y de tránsito, los inmigrados forman parte de las categorías sociales más afectadas por la pobreza a nivel mundial porque sus derechos humanos fundamentales les son negados.

Sin embargo, son estos trabajadores y trabajadoras de bajos salarios quienes con sus transferencias bancarias (300 millones de dólares en el 2006 según el FNUAP), principal fuente de divisas, y sus conocimientos reducen la pobreza en sus países de origen. Estas transferencias representan más de la mitad de los ingresos de 10% de la población constituida por los hogares más pobres en los países en desarrollo, es decir más del doble de la ayuda pública al desarrollo de los países ricos.⁵ Algunos países como la India, China y México (cuyas transferencias de fondos representaron la segunda fuente financiera después del petróleo en el 2006 según el ministro de Relaciones Exteriores mexicano), o Egipto y Marruecos (transferencias superiores al ingreso del turismo en el 2000), dependen completamente de ellas. Esas transferencias procuran beneficios extraordinarios a bancos y grupos financieros internacionales.

Sexto prejuicio: los inmigrados cuestan caro a los países de recepción

Desde el punto de vista económico, son rentables no sólo para su país de origen por sus transferencias de fondos, sino todavía más para los países de acogida por su fuerza de trabajo, mano de obra barata, consumo local, buena salud general, cotizaciones sociales y sus impuestos (hasta los indocumentados terminan pagándolos).

Un estudio europeo relata que los países que han abierto su mercado de trabajo a los inmigrados (Reino Unido, Irlanda, Suecia) están en alto crecimiento económico, tienen una baja tasa de desempleo y una alta tasa de empleo. De 1995 a 2005 el PIB por persona en España aumentó 2.6%. Sin la inmigración habría sido más débil de 0.64% según la Caixa de Cataluña. Y según el Banco de España: “En términos netos, las consecuencias de la inmigración han sido positivas”. Estos comentarios adquieren gran resonancia debido a que España es el país de entrada a Europa de inmigrantes africanos y latinoamericanos.

Las migraciones aumentan el Producto Económico Mundial, ya que permiten a los trabajadores ir donde sean más productivos. François Bourguignon, economista del Banco Mundial, señala que el crecimen-

⁵ Banco Mundial, 2006.

to de 3% de la fuerza de trabajo producido por la inmigración (en relación con 3% de la población que migra) en el 2005 puede traducirse en un aumento de la riqueza mundial de 6%.

A causa del bloqueo en la educación y la formación, la pérdida de cerebros y la clase media, el país de origen de la emigración es el menos beneficiado.

Conclusiones

HOY, las migraciones no son solamente una de las consecuencias del aumento de las desigualdades, sino también instrumento de la política neoliberal debido a la mundialización del mercado de trabajo. Una vez desconstruido el discurso dominante, cae la “amenaza” migratoria y queda la lucha por los derechos humanos de todas y todos, inmigrantes o no, en contra del sistema neoliberal y la esclavitud que engendra.

Uno de los caminos sería repensar el Estado nación (concepto que data del siglo XIX), construir un Estado Mundo basado en la solidaridad, la libertad de tránsito e instalación, la redistribución de la riqueza, los derechos humanos y la ciudadanía universal.

Es una utopía, pero ya no podemos quedarnos satisfechos con poner “curitas” sobre los males de nuestro planeta y nuestras civilizaciones.

El tiempo presiona, las crisis se suceden y nosotros tenemos el deber de legar a las generaciones futuras un planeta donde sea posible vivir juntos en paz y con dignidad.

Traducción del francés por Anne Bar-Din